

Ars Moriendi

El *Ars Moriendi*, o Arte de Morir, según los preceptos del cristianismo, se refiere a dos textos que aparecieron en Europa a principios y mediados del siglo XV (entre 1415 y 1450). Sin duda fueron escritos con el recuerdo muy presente de los horrores que produjo la peste negra, ocurrida tan sólo sesenta años atrás y cuyas secuelas y nuevos brotes epidémicos se hacían sentir por toda Europa. Publicado originalmente en latín, su popularidad fue tan grande que rápidamente fue traducido a la mayoría de lenguas europeas occidentales.

La primera versión, llamada *Tractatus (o Speculum) artis bene moriendi*, fue compuesto en el año 1415 por un monje dominicano, probablemente a petición del Concilio de Constanza celebrado entre 1414-1418. Se trata de una gran composición, en seis capítulos, que prescribe los ritos y plegarias que deben utilizarse en la hora de la muerte.

El primer capítulo muestra al moribundo, con buen aspecto, que es consolado por sus sirvientes en el sentido que no hay que temer a la muerte; el segundo capítulo perfila las cinco tentaciones que acosan al moribundo, y como evitarlas: falta de fe, desesperanza, impaciencia, orgullo espiritual y avaricia; el tercer capítulo lista las siete preguntas que deben hacerse al moribundo junto con una consolación a través de los poderes redentores del amor de Cristo; el cuarto capítulo expresa la necesidad de imitar la vida de Cristo; el quinto capítulo está dirigido a amigos y familiares, marcando las pautas generales de comportamiento que deben mantener ante el lecho de muerte; y el sexto capítulo incluye oraciones apropiadas para un moribundo.

Paul Westheim, historiador del arte alemán, explicaba en su obra *La calavera* (1953) las cinco tentaciones que sufría el moribundo y la ayuda que recibía de los ángeles: dudar de fe, mala conciencia, apego a las riquezas, desesperación por sus sufrimientos y soberbia o enorgullecerse de su virtud.

El segundo *Ars moriendi* o versión corta, es un tratado breve, aparecido por primera vez en los Países Bajos alrededor del año 1450. Se trataba básicamente de una adaptación del segundo capítulo de la versión anterior y la gran novedad era que contenía once ilustraciones que mostraban las tentaciones del moribundo. En el último se mostraba a este, que había superado con éxito todas las tentaciones y era aceptado en el cielo, mientras que los diablos regresaban atropelladamente al infierno.



Imagen nº 17. Tentación de falta de fe.
Grabado del Maestro E.S.¹ (ca. 1450).

El moribundo está acostado, rodeado de amigos o parientes. Pero sucede algo que perturba la simplicidad de la ceremonia y que los asistentes no pueden ver: un espectáculo reservado sólo al moribundo, que lo contempla con una cierta indiferencia. La habitación ha sido invadida por seres sobrenaturales que se apiñan alrededor del yacente. Por un lado, la Santísima Trinidad, en la cabecera y la Virgen y San Juan rezando. Por otro lado, Satanás, acompañado de monstruosos demonios.

¹ El Maestro E.S. (ca. 1420-ca. 1468) fue un grabador alemán cuyo nombre completo se desconoce.

Las Danzas macabras y el Triunfo de la muerte

Hasta finales del siglo XIII no era nada frecuente que se representara la muerte en forma de esqueleto, pero durante la década de 1280 apareció en Francia el primer texto y las primeras pinturas murales relativas a este planteamiento. Se trataba de los *Dit des trois Morts et des trois Vifs*, que representaban en forma de pintura, miniatura, iluminado o escultura, tres cadáveres² que se dirigían a tres jóvenes caballeros ricamente vestidos. La idea era advertir que tarde o temprano aparecería la muerte y con ella la descomposición y podredumbre del cuerpo. Tras exponer diversos argumentos contra “el mundo falso y lleno de engaños”, y hacerles una sugestiva descripción de su anterior grandeza, cada calavera hablaba a los tres jóvenes: la primera afirmaba que cuando llegara el momento, los tres Vivos se convertirían en tres esqueletos: “*lo que sois, lo fuimos nosotros; lo que somos, vosotros lo seréis*”; la segunda, acusaba de malvada a la muerte y se lamentaba del infierno; y la tercera insistía en la precariedad de la vida y la necesidad de prepararse para la muerte inevitable.

Entre los siglos XIV al XVI existió en Europa un movimiento que intentaba librarse de su temor a la muerte, al Juicio Final y al infierno mediante las representaciones de la danza macabra, que hacía pensar en la muerte a los que vivían despreocupados, sin pensar en su salvación, entregados al juego de las pasiones terrenales. Les descubría la posibilidad de que una muerte súbita pudiera sacarlos inesperadamente de su existencia espléndida, de su posición poderosa y de sus actividades placenteras.

Durante la “peste negra” y epidemias siguientes, la muerte repentina se convirtió en un suceso habitual, un terror cotidiano que afectaba todos los grupos sociales sin distinción. En la danza de la muerte participaba la sociedad entera: el papa y el emperador, el caballero y el villano, el mendigo y el vagabundo, el hidalgo y la ramera, alternando habitualmente un eclesiástico con una persona mundana. A cada uno lo sacaba a bailar un esqueleto: todos aceptaban la invitación y cogidos de la mano se incorporaban al corro macabro.

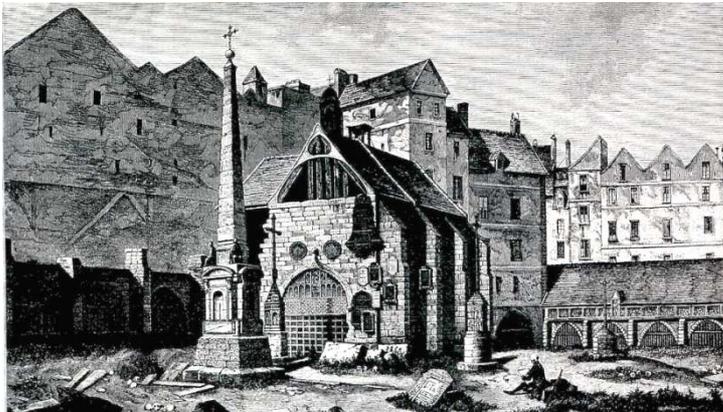
La mayoría de representaciones de estas danzas macabras fueron frescos pintados en los muros de los cementerios y raras veces se admitieron en el interior de las iglesias. La primera de ellas, modelo de todas las posteriores, está fechada en el año 1424. Se trataba de una serie de imágenes pintadas en el pórtico del cementerio de los Santos Inocentes de París, junto a la iglesia del mismo nombre, lugar que posteriormente se convertiría en el céntrico barrio de *des Halles* (de los mercados)³.

A finales del siglo XI se cercó el cementerio con un muro de piedra y alrededor de esta muralla se construyó un osario donde se depositaban los restos antiguos para dejar sitio a los nuevos muertos. Periódicamente se desenterraban los esqueletos y se apilaban sobre los techos de las galerías, que eran oscuras, húmedas y malsanas, pero servían de paso a los peatones. Estaban pavimentadas de tumbas y tapizadas de monumentos fúnebres, ocupando una parte de la actual calle *de la Ferronnerie*. Fue aquí donde se pintó la famosa Danza macabra o Danza de los muertos. Este camposanto se tenía por particularmente sagrado y era ferviente deseo de los fieles reposar en él. Contaba Émile

² En realidad, representaban a tres personas que en vida habían tenido una categoría social relevante: un papa, un cardenal y un notario apostólico.

³ El origen de este cementerio se remonta a la más lejana antigüedad y se sabe que los primeros cristianos, igual que los romanos, no enterraban a sus muertos en la ciudad, sino que erigían las tumbas en medio de los campos o en el borde de los caminos. Cuando se establecieron distintos mercados en su proximidad, el cementerio era atravesado diariamente por los comerciantes, y animales como los cerdos campaban a sus anchas por las zonas menos frecuentadas y se comían los cadáveres, enterrados a escasa profundidad.

Mâle, historiador francés del arte religioso, que un obispo de París, sabiendo que no podría ser sepultado allí, ordenó que se pusiera en su tumba algo de la tierra del cementerio de los Inocentes.



Imágen nº 18. Iglesia de los Santos Inocentes en 1785.

Grabado de autor desconocido.

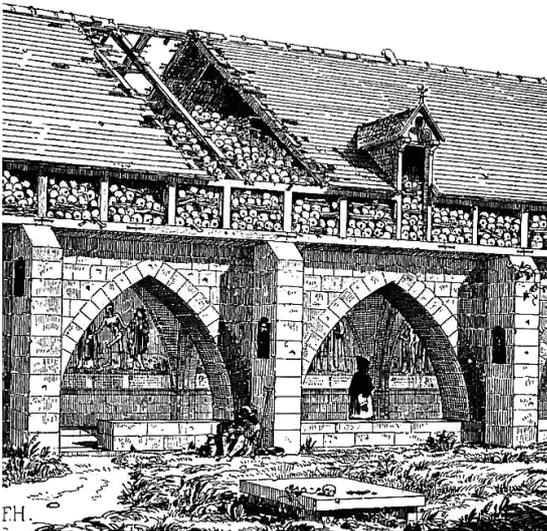


Imagen nº 19. Osario y pinturas de la danza macabra, adosadas al muro que daba a la calle *de la Ferronnerie*.

Grabado de autor desconocido.

Sin embargo, se cree que la idea de una danza tan extraña en la cual la muerte bailaba con hombres de todo tipo y condición, no tuvo su origen en la pintura, y algunos autores opinan que esta fue una traducción fiel, en imágenes, de los poemas de un trovador llamado Macabrus, cuyo nombre quedaría asociado a sus invenciones fantásticas influidas por la terrible mortandad ocasionada por la peste. En realidad, es muy posible que esta danza tuviera su origen en la vieja superstición germánica, según la cual los muertos abandonan sus tumbas a medianoche para bailar una danza en corro (ver grabado de Michael Wolgemut en páginas siguientes). Al caminante que a esta hora pasaba por el cementerio, lo obligaban a bailar con ellos hasta que cayera muerto.

Estas composiciones, que al principio estaban destinadas a la decoración de los lugares fúnebres, no tardaron en extenderse y pronto se las encontró en los mercados y en todos los lugares públicos más frecuentados, incluso en los palacios de los reyes. Se reprodujeron en los libros de horas y en los misales, y en el siglo XVI adornaban las vainas de espadas y puñales.



Imagen nº 20. Funda de dagas con motivos de la danza macabra.

Grabado de autor desconocido que aparece en la obra de Francis Douce, *The Dance of Death* (1833).

A mediados del siglo XV el cementerio de los Santos Inocentes se había convertido en un nido de infección, pero no fue hasta 1783 cuando el rey Louis XVI decidió su desmantelamiento y desinfección. Fue destruido finalmente en 1786 y sustituido por el mercado de frutas y legumbres. El gran número de restos óseos desenterrados fue depositado en las canteras de la orilla izquierda del río Sena, en las catacumbas.

Afortunadamente, estos frescos fueron preservados en una serie de xilografías tituladas *La danse macabre*, publicadas en 1485 por el impresor Guyot Marchant, posiblemente grabadas por él. Estas ilustraciones, dieciocho en total, están acompañadas cada una por un poema alusivo, cuyo autor se desconoce, aunque probablemente perteneciera a la Sorbona. Tuvieron un gran éxito y fueron vendidas inmediatamente, publicándose una segunda edición al año siguiente.

En la primera de las ilustraciones aparece el “actor”, sentado en una silla, más bien un trono, leyendo un libro en un facistol. El poema dice lo siguiente: *“Oh, tú, criatura pensante, que deseas la vida eterna, he aquí una enseñanza digna de atención, para terminar bien tu vida de mortal: Se titula La Danza Macabra y cada uno aprende a bailar. Es natural para hombres y mujeres, pues la muerte no desprecia ni al grande ni al pequeño. En este espejo cada uno leerá que llegará el día para danzar. Sabio es el que aquí se reconoce. La muerte conduce a los vivos: verás a los poderosos partir los primeros, pues no hay persona a la que la Muerte no venza. Mas apiada saber que todo está hecho de la misma materia”*.

En la segunda ilustración aparecen cuatro calaveras tocando instrumentos musicales y el texto siguiente: *“Vosotros, a quienes un destino común hace vivir en condiciones diversas, todos vosotros, tanto buenos como malos, bailaréis un día esta danza. Vuestros cuerpos por los gusanos serán devorados. ¡Observadnos, vednos!: muertos, podridos, hediondos, esqueléticos; lo que somos ahora también vosotros lo seréis*.

El resto de ilustraciones, hasta la diecisiete, representan a dos personajes, uno religioso y otro seglar, cada uno al lado de una calavera: el papa y el emperador; el cardenal y el rey; el patriarca y el condestable; el arzobispo y el caballero; el obispo y el escudero; el abad y el magistrado; el astrólogo y el burgués; el canónigo y el mercader; el cartujo y el sargento; el monje, el usurero y el pobre; el médico y el amante; el abogado y el trovador; el cura y el labrador; el franciscano y el niño; el clérigo y el ermitaño.



Imagen nº 21. Guyot Marchant.
La danse macabre
 (El cardenal y el rey)



Imagen nº 22. Guyot Marchant.
La danse macabre
 (El médico y el amante)

El texto que encabezaba estas dos ilustraciones es el siguiente:

<p>La muerte</p> <p>Parecís sorprendido, Cardenal: ¡pero andad, sigamos a los otros! Vuestra sorpresa de nada os servirá. Vos habéis vivido con honores y magnificencia. Vivid cómodamente y disfrutad de la negación que sólo así podéis olvidar el final.</p>	<p>El cardenal</p> <p>Justo es que temiera al verme tan de cerca vigilado: la Muerte me sale al paso. Nunca más ni de verde ni de gris vestiré, con gran desazón debo dejar mi sombrero rojo y mi suntuosa capa. Nunca quise entender que toda alegría termina en tristeza.</p>
<p>La muerte</p> <p>Venid, noble rey de coronada cabeza, reconocido por tu fuerza y tu valor. Ayer vivíais entre pompa y platillo mas hoy debéis olvidar vuestros aires de grandeza: no estáis sólo. Vuestra riqueza de nada os servirá, aún el más rico, al final, no posee más que una mortaja.</p>	<p>El rey</p> <p>Jamás aprendí a bailar con tal desenfreno; ¡ay!, sólo ahora se medita y constata lo que en realidad valen el orgullo, la fuerza y el linaje. La muerte todo lo destruye, tanto al poderoso como al débil, sea grande o sea pequeño. Como menos se sobrevalúe uno, más sabio se es: pues al final sólo polvo seremos.</p>
<p>La muerte</p> <p>Médico, en toda esa orina ¿acaso veis el remedio para libraros de esto? Ayer todo sabíais sobre medicina para poder recetar. Ahora la muerte os demanda: Debéis morir como todos.</p>	<p>El médico</p> <p>Hace tiempo que he dedicado todos mis esfuerzos al arte de la fisiología. Poseía de esta ciencia la práctica y la teoría para sanar enfermedades diversas. Mas ya no sé lo que debo hacer: Aunque uno lo diga, ninguna hierba ni raíz</p>

Nada podéis hacer. Buen médico es aquel que de la muerte puede sanarse.	ni remedio alguno servirán. No existe medicina contra la muerte.
La muerte Galante, cortés y hermoso amante que sois lisonjeado por vuestro porte, estáis tomado: la muerte os arrebató. Partiréis de este mundo con pena. Vos que tanto lo habéis amado, lo que es una locura, poco habéis pensado en la muerte. Muy pronto cambiaréis de color; la belleza no es otra cosa que un disfraz.	El amante Ay, ¿acaso no hay ayuda contra la muerte? Adiós amoríos: Cuan fugaz es la juventud. Adiós sombreros, ramos y galanteos; adiós amantes y doncellas. Pensad en mí a menudo y recordad, si queréis ser sabias, que la lluvia atrae los vendavales.

En la última ilustración aparece el mismo “actor” que en la primera, sentado en la trona. A sus pies aparece, inerte, una calavera cuya cabeza reposa sobre una corona. El texto es el siguiente: “*Vosotros, que en estas imágenes habéis visto bailar a hombres de rangos diversos, pensad en lo que es la naturaleza humana: nada más que carne para los gusanos. Yo soy la prueba de esto: yo que ahora yazgo, ayer era testa coronada. Así vosotros seréis, tanto los buenos como los malos, gentes de todos los rangos: seréis ofrenda para los gusanos*”.

Con posterioridad a esta fecha, 1424, y durante todo el siglo XV, aparecieron diversas danzas de la muerte pintadas en los muros de iglesias o claustros. Las más numerosas se produjeron en Francia, pero también se registraron en otras partes de Europa, como Inglaterra, Escocia, Alemania, Suiza, Dinamarca, Estonia, Croacia, Italia o Eslovenia. En el siglo XVI también se pintaron danzas de la muerte en diversas iglesias europeas, aunque ya no fue una costumbre tan habitual⁴.

En España no se pintaron frescos en los muros de las iglesias, sino que se compusieron poemas relativos a las danzas macabras, como la *Dança general de la muerte*, de autor anónimo, probablemente un fraile franciscano, compuesta a mediados del siglo XV, una de las más famosos del género, reproducida únicamente en forma escrita, bajo la forma de diálogo entre la muerte y treinta y cinco personajes, algunos tan particulares como el alfaquí, doctor o sabio de la ley mahometana.

En Alemania, la danza macabra más famosa fue la que presentaba la *Marienkirche* de Lübeck, pintada en el año 1463 por Bernt Notke (ca. 1435-ca. 1508), uno de los pintores y escultores alemanes más importantes de su época. La obra pictórica fue trasladada a lienzo en el siglo XVIII y todo el conjunto fue destruido durante la Segunda Guerra Mundial a causa de un bombardeo. A Notke también se le atribuye la danza macabra pintada en la *Niguliste Kirik* de Tallinn (Estonia). Ambas son absolutamente parecidas, a pesar que la de Lübeck incorporaba veintitrés calaveras y veintitrés personas vivas (entre ellas un niño), y la de Tallinn siete calaveras y seis personas vivas.

⁴ Las danzas de la muerte se siguieron pintando en los muros de las iglesias durante los siglos XVII y XVIII, aunque ya fueron mucho más escasas.



Imágenes nº 23-34. Bernt Notke. Fragmentos de la Danza de la muerte.

Arriba: Lübeck (reproducción hecha en el s. XIX por C.J. Milde)

Abajo. Tallinn (restaurada en Moscú entre 1962-1964)



El primer libro en que apareció impresa la danza de la muerte fue el *Heidelberger Totentanz*, un incunable impreso por Herinrich Knoblochtzer en 1488, de autor desconocido. Contenía una serie de 38 grabados en madera en los que aparecen casi siempre unos esqueletos tocando un instrumento musical.

En 1493 fue publicado el *Liber chronicarum* o Crónica de Nürenberg, obra de Hartmann Schedel (1440-1514), un médico y humanista alemán que formó una gran biblioteca a base de compras, intercambios o mediante la propia impresión de libros. En esta obra aparecía la magnífica imagen que se muestra a continuación, de Michael Wolgemut, donde se aprecian cinco calaveras danzando en el cementerio al son de una chirimía tocada por una de ellas.



Imagen nº 25. La danza de la muerte. *Liber chronicarum* (1493).

Michael Wolgemut (1434-1519), también escrito Wohlgemuth, pintor y grabador alemán que trabajó en Nürenberg.

Wolgemut era el responsable de un taller en el que se ejecutaban grandes retablos y obras de tipo religioso, así como xilografías de gran calidad, que sirvieron para ilustrar los libros de numerosos editores alemanes.

Albrecht Dürer (1471-1528), el artista más famoso del Renacimiento alemán, discípulo de Wolgemut, fue también el autor de una serie de grabados, quince en total, titulados *Apokalypse*, que hacían referencia al Libro del Apocalipsis de San Juan Evangelista, que en aquel momento estaba muy vigente por la creencia que en el año 1500 tendría lugar el día del Juicio Final. Estos grabados, editados en forma de libro, fueron publicados en Nürenberg en 1498. El resultado fue un éxito absoluto y el reconocimiento de un gran trabajo, a pesar que el tema del Apocalipsis se tratara únicamente en blanco y negro. La quinta imagen de la serie, muy conocida, se titula *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* y hace mención a los cuatro caballeros que se describen en la primera parte del capítulo sexto del Apocalipsis (6:1-8), que representan la victoria, la guerra, el hambre y la peste.

Sobre la idea de los jinetes del Apocalipsis, el médico y naturalista español Andrés Laguna opinaba en la epístola de su *Discurso breve sobre la cura y preservación de la Pestilencia* (1542) que la peor de las tres desgracias era la peste: “*como sea ansi, que de tres infernales furias suele ser à vezes assaltado, y combatido, el linage humano, conviene à saber, de la Guerra, del Hambre, y de la Pestilencia: hubo siempre muy gran contienda, y aun dura hoy dia, entre muchos claros ingenios, sobre averiguar qual dellas al mundo es la mas perniciosa. Salese al encuentro por todas partes, con bravos exercitos de razones...*

.. Però que contra el ayre pestifero, no ay remedio que sufficiente sea, pues lo penetra todo, y à dò quiera que estemos, somos forçados à respirarle, y recibirle dentro de las entrañas: de manera, que si toda la provincia està infecta, no sabemos à dò huynos: y si à caso algunas tierras vezinas se conservan puras de tal infection, no nos acogen en ellas, y nuestros deudos y amigos son los primeros que nos dan con la puerta en los ojos: lo qual no acontece à los fugitivos à causa de alguna hambre, ò de inclementes guerras: pues estos en cada parte hallan amigable hospedage, y acogimiento. Podriamos alegar al presente, que solemos visitar sin escrupulo à los enfermos ò muertos de heridas, ò desperecidos de hambre, ejercitando en ellos la charidad Christiana: y al contrario huyr de los infectos de Pestilencia: por razon de la qual dexa el padre à los hijos, y el marido à la muger abandona. Conocese tambien la estraña malignidad d’esta furia, en ver, que perdonando la guerra por la mayor parte à los niños, à los viejos, y à las mugeres: y la hambre no aquexando à los ricos y caudalosos: ella igualmente suele devorar y engullir sin respecto à todos sexos y edades, no tomando persona à partido de qualquiera condicion, dignidad, ò estado, que sea. Tan capital es el odio que tiene à toda criatura”.

Hans Holbein el Joven (ca. 1497-1543), pintor alemán nacido en Augsburg, fue un gran maestro del retrato y los grabados que se instaló en Basilea, centro del espíritu humanista de aquella época, donde trabajó como ilustrador de libros.

Entre 1523-1526 realizó una serie de 49 dibujos sobre motivos macabros. Parece ser que al principio ocultó su autoría para evitar represalias de la Iglesia Católica, en guardia por las protestas luteranas⁵. Existen varias versiones de este trabajo, que tuvieron gran éxito, la principal de ellas impresa en Lyon en 1538, con el título *Les simulachres & histories faces de la mort*. En estos grabados aparecen los personajes clásicos como el Papa, el Emperador, el Rey o el Obispo; pero también profesiones o situaciones mundanas, las cuales eran explicadas mediante citas bíblicas, en latín. Algunos ejemplos son los siguientes:

⁵ Holbein diseñó una serie de grabados para la traducción alemana de la Biblia de Martín Lutero.



Imágenes nº 26-31. Hans Holbein. *Las Danzas de la Muerte*.

De izquierda a derecha, y de arriba abajo, el abad, el vendedor ambulante, el comerciante, la abadesa, el niño y la recién casada.

A partir del siglo XVI se mantuvo este estilo pictórico, pero ya se vislumbra el sentimiento que no es posible evitar la muerte, en muchas ocasiones a causa de la peste; y ésta, ciega, no respeta nada ni nadie. En este momento nace un nuevo tema, las composiciones conocidas como “el triunfo de la muerte”, en el que sobresale el gran pintor flamenco Pieter Brueghel, el Viejo (ca. 1525-1569).

En el cuadro de este autor, titulado *El triunfo de la muerte* (1562), se observa que no hay defensa posible, y a pesar que se ha sugerido que la pintura es una representación alegórica a los horrores de la guerra, la interpretación más aceptada es que se trata de una simbología de la peste negra que azotó Europa a partir del siglo XIV⁶.

⁶ La iconografía sobre el tema de la muerte es numerosísima, y entre los artistas más relevantes cabe destacar a Jean le Noir (ca. 1331-1375); Jan van Eyck (ca. 1390-1441); Hans Memling (1430-1494); Luca Signorelli (ca. 1445-1523); Martin Schongauer (ca. 1448-1491); Bernardino Parentino (ca. 1450- ca. 1500); Hieronymus Bosch (ca. 1450-1516); Daniel Hopfer (ca. 1470-1536); Hans Baldung Grien (1484/1485-1545); Hans Sebald Beham (1500-1550); Heinrich Aldegrever (1502-ca.1555); Andreas Vesalius (1514-1564); Giorgio Ghisi (ca.1520-1582); Jacopo Ligozzi (1547-1627); Johann Caspar Meglinger (1595-1670); Wenceslaus Hollar (1607-1677); Stefano Della Bella (1610-1664); Giuseppe Maria Mitelli (ca. 1634-1718); Juan de Valdés Leal (1622-1690) o Jan Wandelaar (1690-1759).



Imagen nº 32. Pieter Brueghel, el Viejo. El triunfo de la Muerte (Museo del Prado, Madrid)

En esta obra se representan las distintas formas en que la Muerte, de forma inapelable, derrota a la vida, apareciendo multitud de calaveras que matan a los hombres de una manera cruel y sin sentido, impidiendo a éste cualquier rectificación para evitar el destino que le ha sido impuesto.